



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEON

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SR.

DR. D. JUAN MANUEL SANZ Y SARAVIA

OBISPO DE LEÓN

dirige al Clero y fieles de su Diócesis

AL INAUGURAR SU PONTIFICADO

Nos el Dr. D. Juan Manuel Sanz y Saravia,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE LEON, CON E DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES
DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIAN, ET ., ETC

A nuestro Excmo. Cabildo Catedral, al Ilmo. Cabildo Colegial de S. Isidoro, al Venerable Clero, á las Comunidades religiosas y á los fieles todos de nuestra Diócesis.

Instaurare omnia in Christo:

La paz sea con vosotros; así saludaba N. Sr. Jesucristo á sus muy amados discípulos, cuando se presentó en medio de ellos; y tal es el saludo que os dirige en esta su primera carta pastoral vuestro Prelado y Pastor. La paz sea con vosotros, amados diocesanos é hijos muy queridos en el Sagrado Corazón de Jesús, porque somos mensajeros del Dios Hombre, cuya misión pacificadora fué proclamada por los Angeles al hacer su entrada en el mundo, y no es distinta la nuestra de la de Aquél que nos ha enviado para promover la gloria de Dios en las alturas, y la paz de los hombres por el reinado de la gracia y de la santidad.

Lo confesamos ingenuamente, sentimos timidez á pesar de estar acostumbrados á librar batallas en el campo de la Iglesia, al tomar hoy la pluma con el carácter de que nos hallamos investidos, por que ¿quiénes somos para desempeñar dignamente la misión sublime y á la vez difícil que se nos ha confiado? Ayer como operario trabajábamos en una pequeña porción de la viña del gran Padre de familias y hoy nuestra labor debe extenderse á una región vasta y dilatada. Es verdad que el cargo no ha cambiado mucho en cuanto á su naturaleza, porque seguimos siendo Párroco; pero ¡cuánto se diferencia un pastorado del otro en la extensión, en la forma, y en la autoridad! Ayer éramos un humilde párroco, y hoy podemos aplicarnos con la debida restricción el título que se ha dado á sí mismo Su Santidad el Papa

Pío X al llamarse el párroco de los párrocos; ayer pastoreábamos nuestra pequeña grey á las órdenes de un Prelado de alto renombre y de esclarecidas virtudes, y hoy somos también Prelado y la autoridad superior diocesana. ¿Cómo no había de sorprendernos cambio tan inesperado y nada común, y de intimidarnos al ver caer sobre nuestra cabeza el peso de la mitra y al empuñar nuestra mano el báculo pastoral? ¿Quién soy yo, Señor y Dios mio, y cuál es mi casa para que tu me hayas conducido hasta este puerto? Así exclamaba el Real Profeta David al considerar en oración fervorosa las muchas y grandes maravillas que había obrado con él la bondad del Señor. *¿Quis ego sum Domine Deus, et quae domus mea, quia adduxisti me hucusque?* (1).

Tales son también nuestros sentimientos al vernos elevado por el dador de todo bien, de humilde párroco á Prelado de la Iglesia. ¿Quiénes somos, en efecto, para que la potestad suprema de la Iglesia y la mayor autoridad del Reino hayan fijado en Nos sus miradas, cuando nuestro nombre no figura ni en el campo de la ciencia, ni en el templo de la santidad?

Verdaderamente, Señor, podemos continuar con el Regio vate, que según es magnífico tu corazón así lo ha hecho conmigo *Secundum contritum fecisti omnia magna haec* (loc. cit.), sin duda para que una vez más se cumpla aquella ley de la Divina Providencia, promulgada por el Apóstol por estas palabras: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia* (2) eligió Dios á lo flaco del mundo para confundir á lo fuerte.

Reconocido nuestro corazón á merced tan distinguida, en la que, según el mismo David, se deja ver la magnificencia del Señor *idcirco magnificatus est Domine Deus* deseábamos encontrar una fórmula que compendiese todo lo que por gratitud y por justicia deberíamos hacer en el desempeño de nuestro apostólico ministerio, para llenar de alguna manera los designios del Altísimo; y cuando rendida nuestra voluntad al peso de la obediencia, escribíamos agradecidos al Representante de S. S. en España, Dios nos inspiró la idea de dirigir todos nuestros pensamientos, y nuestra palabra, y nuestras obras

(1) 2 Reg. VII-18.

(2) I Corinth 1-27.

á la realización de este grandioso lema de Ntro. Smo. Padre el Papa Pio X: *Instaurare Omnia in Christo* (1) Restaurarlo todo en Cristo. Tal es nuestro más vehemente anhelo en cumplimiento de nuestro sagrado deber. Al meditar en la presencia de Dios esta enérgica frase del Apóstol, dos sentimientos se han despertado en nuestra alma; dos afectos que son como los dos polos del eje de nuestra vida no solo sobrenatural sino también natural: el temor y la esperanza. Sentimos temor ante la magnitud de la obra, porque esta restauración debe hoy extenderse á todo *instaurare omnia*, y nuestro corazón se alienta con la esperanza, porque esta restauración ha de hacerse en Cristo: *instaurare omnia in Christo*, y con el auxilio de la gracia, con la cooperación de nuestro v. clero y con los elementos de restauración que ofrece ésta nuestra amada Diócesis, podremos decir con el mismo Apóstol: *omnia possum in eo qui me confortat* todo lo podemos en Aquel que nos conforta.

Nuestros temores y nuestras esperanzas: Exponer sencillamente los motivos de estos dos sentimientos de nuestro corazón, para que con Nos cooperéis á restaurarlo todo en Cristo, es el objeto de ésta nuestra primera carta pastoral.

I

N. Sr. Jesucristo (en cuanto Dios) ni tiene principio ni tendrá fin, porque es el Verbo Divino y el Verbo era en el principio, *in principio erat Verbum*, y aun en el orden mismo de su aparición temporal J. C. nacido en un establo y muerto en una cruz fundó un reino eterno y sin fin, que es su Santa Iglesia. Cristo era, es y será, ó como dice el Apóstol: Jesucristo es de ayer, de hoy y de todos los siglos = J. C. *heri, hodie ipse et in secula*.

Estas palabras del Apóstol con relación á J. C., pueden aplicarse también con la debida restricción á la Esposa del Dios hombre. También la Iglesia es de ayer, de hoy y de todos los siglos; ayer, es decir, hace veinte siglos fué fundada por J. C.; hoy existe como saliera de las manos de su fundador divino y mañana, esto es, hasta la consumación de los siglos subsistirá sin esencial alteración. Si consideramos no ya solo á la Iglesia

(1) Effass 1-10.

militante sino á la Iglesia universal entonces su ayer comprendé los cuatro mil años anteriores á la redención, ó sea la Iglesia de las figuras y de las profecías, la Iglesia de la ley natural y de la ley escrita, la Iglesia del Antiguo Testamento y de los cruentos sacrificios; su hoy es la Iglesia de la ley de gracia y del Nuevo Testamento, la Iglesia del único sacrificio y de la única hostia, la nueva Eva brotada del seno del nuevo Adán, cuando éste dormía el sueño de la muerte, la Iglesia en una palabra fundada por J. C. y gobernada por su Vicario, una, santa, católica y apostólica; y su mañana es la Iglesia triunfante.

Una de las dotes fundamentales de esta Iglesia militante es la indefectibilidad. Nunca faltará la esposa del cordero immaculado, porque está fundada sobre piedra inconmisible y las puertas del infierno jamás prevalecerán contra *ella* «*et portae inferi non prevalevunt,*» (1)

Si esta indefectibilidad no estuviese garantida por las promesas de su divino fundador, la historia misma de la Iglesia confirmaría esta verdad.

Efectivamente: Una iglesia combatida y fuertemente atacada, primero por la fuerza material personificada en el paganismo y en el judaismo, que pretendieron ahogarla en su cuna; después por la fuerza de la ciencia, representada en Arrio, Nestorio, Pelagio y cien otros heresiarcas; más tarde por la fuerza de la barbarie manifestada ya en aquellos hijos de las selvas, hombres de hierro que vencían todas las resistencias, ya en los fanáticos mahometanos que imponían su credo, con el alfanje y la cimitarra; posteriormente por la fuerza del orgullo que cual gigante aguerrido y pertrechado con toda clase de armas tuvo su principal representación en el horrible monstruo del protestantismo; y por último, por la fuerza de la revolución política y social, que el filosofismo engendrara para producir en nuestros tiempos el racionalismo, el socialismo y el liberalismo con todas sus funestas consecuencias: Una Iglesia que á través de tantos combates sigue su marcha de triunfo viendo caer mil á su izquierda y diez mil á su derecha, y como reina de excelsa soberanía ostenta la corona del triunfo sobre sus sienés,

(1) Mat. 16.

la púrpura de su magestad sobre sus hombros y el cetro de la Cruz en sus manos; y hoy como ayer conserva en sus dogmas toda la pureza, en su moral toda la santidad, en su magisterio toda la infalibilidad y en su gobierno todo el poder, de que le invistiera su fundador divino; una Iglesia con esta historia es una institución que no lleva el sello de la caducidad propio de las obras de los hombres, es una iglesia indefectible. Diez y siete siglos han pasado desde que Juliano el Apóstata hizo acuñar moneda con esta inscripción al rededor de su busto: *superstitione deleta* y esta moneda ha quedado conservada para memoria de su necedad y de su impotencia, y el catolicismo sigue viviendo lleno de robustez.

No es pues por la existencia de la Iglesia por lo que tememos, Sol esplendoroso del mundo moral continuará siendo hasta la consumación de los siglos, foco de luz á través de las nubes de todos los errores, centro de calor para comunicar todas las virtudes, y fuente de beneficios á pesar de las ingratitudes todas.

Nuestros temores se fundan en estas palabras del Apóstol: *instaurare omnia*, en que hay que restaurarlo todo, restauración que, ya se entiende, no se refiere á la constitución de la Iglesia, ni á su autoridad, ni á su dogma y moral, ni á su culto y disciplina, ni en una palabra, á nada de lo que en ella colocara la mano bendita de su fundador, sino á sus miembros por que el hombre enemigo ha sembrado mucha cizaña en el campo del buen padre de familias; se refiere á los enemigos que se han multiplicado en estos tiempos de una manera asombrosa.

Ahora pues, para restaurar el bien, hay que combatir el mal, y el mal presenta tales caracteres que nos inspiran serios temores, porque es un mal universal, arraigado y dominante.

El Apóstol S. Pablo destinado por Dios para la conversión de los gentiles, tuvo que restaurarlo todo en aquel pueblo pagano, desvaneciendo las más groseras y ridículas supersticiones, haciendo caer de rodillas ante el Dios entonces desconocido á los que adoraban las obras de sus manos, inspirando en las almas las grandes y fundamentales nociones de un Dios único y espiritual, de un alma inmortal, de una providencia

misericordiosa y de una justicia futura; de los encantos de la virtud y de las degradaciones del vicio, cosas que eran abismos de tinieblas y que ni siquiera tenían nombre en el lenguaje. A todo tuvo que aplicar la restauración, porque todo estaba corrompido, el individuo, la familia y la sociedad.

Todo hay que restaurarlo también en el mundo de nuestros días. Nuestra sociedad á semejanza de la pagana ofrece el triste cuadro de la corrupción más asquerosa, velada con el brillante ropaje de la ostentación y de la opulencia; con la circunstancia agravante de que el paganismo no conocía á Jesucristo y por lo tanto no le despreciaba ni le amaba, mientras que los modernos neo-paganos le conocen y le desprecian; aquellos pueblos recibieron á Jesucristo cuando se le anunció y entraron en la Iglesia sumisamente, éstos arrojan á Jesucristo de sus almas, de sus hogares y de sus leyes persiguiendo á la Iglesia.

El Sapiéntísimo Pontífice León XIII de imperecedera memoria reconoció que el mal presente ha invadido todos los órdenes, todas las clases y todos los organismos. Así lo dá á conocer la série de sus admirables encíclicas, en las que se descubren los orígenes de los diversos errores modernos y de los trastornos sociales, y se manifiestan las causas de la corrupción moral y del indiferentismo religioso, y en las que al mismo tiempo se ofrecen los únicos remedios, asentándose en ellos los fundamentos del orden religioso, social y doméstico.

Efectivamente: ya demuestra las enormidades de los socialistas y comunistas en la sapientísima encíclica *Quod apostólica muneris*, ya defiende y explica, con la maestría y acierto que le caracterizaba, la verdadera y genuina noción de la sociedad doméstica, que tiene su fuente y origen en el matrimonio, por medio de la importantísima encíclica *Arcanum*; ora expone en la no menos sabia que oportuna *Diuturnum* la forma de la potestad política, modelada según los principios de la sabiduría cristiana; ora con alteza de miras y no menos moderación que valor defiende en la encíclica *Humanum genus* la causa de Cristo, combatiendo el masonismo enemigo tan formidable como insidioso, tan perjudicial como hipócrita, tan

aguerrido como organizado. Más tarde y cada año con motivo de la solemnidad del Smo. Rosario ha dado instrucciones las más sábias y documentos los más eficaces, para volver la sociedad á Cristo. Por último en otras varias encíclicas ha presentado las únicas soluciones á los grandes problemas del pauperismo, de las relaciones entre patronos y obreros, y en una palabra de todos los que agitan y experimentan las inteligencias de los hombres del saber.

¿Y qué prueba esto, sino que el mal todo lo ha invadido, ora subiendo á las alturas de la ciencia, del poder y de la grandeza, ora descendiendo á las profundidades de la ignorancia, de la debilidad y de la miseria? El mal es pues universal, y por lo mismo hay que restaurarlo todo: *instaurare omnia*.

Es además un mal arraigado, carácter no menos temible que el anterior.

* * *

Hace más de tres siglos que un hombre enemigo, Lutero, arrojó en el campo de la Iglesia una mala semilla, pernicioso cizaña, cual fué el principio del libre examen formulado en estos términos: «es necesario no admitir como cierto en materia de religión cristiana sino lo que parece cierto á cada uno estudiando la Escritura.» Hé aquí la raíz de todos los males que desde entonces se han venido lamentando en todos los órdenes. Por que este principio, que no es más que el paganismo aplicado á la revelación cristiana, según aquella máxima de Platón «es necesario no admitir como cierto mas que lo que á cada uno parece cierto estudiando la naturaleza,» precipitó á la razón humana en el excepticismo proclamado por Bayle en el siglo xvii y en el panteismo renovado por Espinosa en el xviii. Principio que en su natural desenvolvimiento llevó á los filósofos orgullosos de la revolución francesa hasta inclinar la frente y doblar la rodilla ante el ídolo infame de la voluptuosidad, denominado «la diosa razón.»

¿Quién no ve ya fluir del principio fundamental del protestantismo á sus hijos naturales el racionalismo y el liberalismo? Efectivamente, lo que es el protestantismo en el orden religioso lo son el racionalismo en el orden científico y el liberalismo en el orden social, es decir: la negación del principio de

autoridad aplicada respectivamente á cada uno de estos tres órdenes. Siempre la independendencia de la razón, ora del magisterio infalible de la verdad, ora del orden sobrenatural de las ideas, ora de la fuente suprema de toda autoridad.

¿Y qué otros frutos había de producir esa mala semilla, sino el cisma y la herejía en el orden religioso, el error en el orden científico y el desorden en el orden moral?

¿Y cómo arrancar de cuajo ese árbol maldito, tres veces secular, cuyas raíces han ido con el trascurso del tiempo estendiéndose y profundizando más y más en la tierra de los corazones, y cuyos últimos y más perniciosos frutos se ve precisado á saborear el mundo moderno dominado por la masonería, el socialismo ateo y la anarquía aterradora?

Confesémoslo, mis muy amados hermanos é hijos nuestros; el mal que hay que combatir es no solo universal sino también inveterado y arraigado, y por lo mismo que es universal y arraigado es también un enemigo dominante, que dispone á su placer de todos los elementos de fuerza. Tercer carácter que acrecienta aun más nuestros temores.

* * *

La verdad eterna personificada en Jesucristo fué combatida por tres clases de enemigos: el Sanedrín la persigue con una crueldad inaudita; el orgulloso Herodes la ridiculiza y la desprecia como á los delirios de un necio, y el cobarde Pilatos la sacrifica á la política. No había de ser distinta la suerte de la Iglesia de la de su fundador, como él mismo lo había predicho: «*Si me persecuti sunt et vos persequentur.*» (1)

Efectivamente, siempre ha sido atacada la Iglesia por estos tres enemigos: la fuerza popular, la falsa ciencia y la política.

La primera le ha perseguido con el hierro y el fuego, la segunda con la pluma y la tercera con la diplomacia. Mas en estos tiempos de franca persecución esos enemigos tienen á disposición suya un elemento poderoso y temible, elemento que favoreciendo á cada uno en particular presta á la vez á todos recíproca ayuda, haciendo que aliándose y concertándose mutuamente, se levanten todos como uno sólo contra el Señor

(1) Joann. XV-20.

y contra su Cristo: *astiterunt reges terrae et principes conven-
erunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus* (1).
Este elemento poderosísimo es la falsa libertad ó las libertades
de perdición como las llamó Gregorio XVI.

De aquí resulta que la fuerza popular ó sea el pueblo des-
heredado de la fortuna, ese pueblo emancipado de la religión,
sin fé y sin criterio propio, ese pueblo mal aconsejado y peor
dirigido, apoyándose en la libertad de asociación é impulsado
por la falsa libertad de imprenta, toma la forma de turba amo-
tinada y á la manera de los judíos del Sanedrín grita desafo-
rado: La Iglesia es reo de muerte, y la abofetean con sus ca-
lumnias y la insultan en sus ministros y la hieren en sus reli-
giosos, y hoy arrancan las imágenes del Sagrado Corazón de
Jesús de las portadas de los católicos y mañana atropellan á
una procesión religiosa; un día arrojan al suelo las imágenes
sagradas y otro impiden las manifestaciones del culto.

Mas el poder que dá armas á la fuerza popular es la mala
prensa que escrita por sectarios del error y por enemigos del
orden sobrenatural, nada perdonan con el fin de descatolizar
á los pueblos. Erigida, esa mala prensa en tribunal y some-
tiendo á su juicio voluble y acomodaticio el dogma y la moral
de la Iglesia, su legislación y su culto, falla con autoridad
soberana en contra de ésta declarando que es enemiga de las
luces, oscurantista, retrógada y á la manera de Herodes con
Jesucristo la entrega al ridículo, despreciándola como necia,
insensata y visionaria.

No fuera tan atrevida la prensa sino contase con la debili-
dad de una falsa política, que poniendo en juego la más hipó-
crita de las diplomacias, mientras alardea de respetuosa y su-
misa á la Iglesia saludándola con el *ave rex*, la corona de espigas,
le pone cetro de caña, y confesando como Pilatos que no encuen-
tra en ella causa, cediendo á las exigencias de los modernos
escribas y fariseos, como Pilatos se lava las manos, después de
entregarla á las turbas para que la crucifiquen.

Se refiere en el 4.º libro de los Reyes que el rey de Moab
viéndose atacado en su misma capital por tres reyes aliados,
cuando ya no le quedaba esperanza de salvación, tomó á su hijo

(1) Ps. XII-2.

primogénito, le colocó sobre el muro de la ciudad en lugar desde donde pudiese ser visto de los tres ejércitos sitiadores, y allí le sacrificó con su propia mano: *Arripiensque filium suum primogenitum obtulit holocaustum super murum* (1)

¿Quién no vé en este hecho histórico una figura? Efectivamente, Moab representa al Padre Eterno verdadero Dios injuriado, perseguido y atacado en su misma ciudad, es decir en su Iglesia, por tres enemigos formidables, el pueblo, la falsa ciencia y la política, enemigos que cual poderosos reyes llevan cada uno detrás de sí ejércitos de desórdenes, de errores y de libertinaje.

¿Y quién no vé en Moab sacrificando á su hijo primogénito la figura del Padre Eterno sacrificando á su Unigénito Hijo sobre la Cruz, á vista del mundo todo? Aquellos reyes aliados desistieron del ataque llenos de horror y de compasión, más ¡ay! los tres poderosos enemigos que atacan á la fortaleza de la Iglesia, ni se conmueven ante el espectáculo del sacrificio de Jesucristo por la salvación del mundo, ni desisten del ataque ante los extragos que producen en la ciudad santa; antes bien olvidando los innumerables beneficios que sembrara en el mundo moral la mano bienhechora de la Iglesia, excitan más y más sus odios contra esa Madre amante.

No hay que dudarlo, mis muy amados hermanos é hijos queridos, el mal que hemos de combatir para restaurarlo todo en Cristo es un mal temible porque todo lo ha invadido, porque está muy arraigado y porque contando con poderosos medios de ataque se muestra dominante.

Siquiera tuviéramos el consuelo de ver al bando opuesto, al bando de los que creen y oran disciplinado y peleando las batallas del Señor, pero ¡ay! precisamente lo más triste y lamentable es el considerar, que mientras los enemigos de la Iglesia se organizan y se unen, los católicos están divididos, mientras aquéllos trabajan sin descanso, éstos se muestran indiferentes.

Que en tiempos de relativa paz estén divididos los católicos sobre lo que más convenga á los intereses del Catolicismo, nada tiene de reprehensible, pero que en los momentos presentes, cuando la Iglesia atraviesa una de las más duras pruebas,

(1) IV Reg. III-27.

cuando peligran los intereses de la religión, se desoiga por los católicos la voz del Papa que clama: unión, unión, y no se apresten las huestes católicas para formar todas un solo partido, el partido de Dios, como le llama Su Santidad Pío X; cuando al considerar que siendo en España mucho más numeroso el bando de los católicos que el de los enemigos de la religión, sin embargo se imponen los ménos sobre los más, porque los católicos unidos en la fé, en la moral y en los sacramentos, no lo están para la defensa de lo que creen, de lo que practican y de lo que reciben, nuestro corazón se contrista y nuestro espíritu se llena de temor, y dirigiendo nuestra mirada al cielo, ¡Dios mío! exclamamos: si habrá llegado el tiempo de que, por nuestras ingratitudes y por nuestras rebeldías, se cumplirá en España el terrible anatema fulminado por J. C. contra los malos colonos de la viña «*auferetur a vobis regnum Dei et dabitur genti facienti fructus ejus!*» (1)

¡Mas no, no lo esperamos así; la firmeza inconmovible del Pilar de Zaragoza unida á las oraciones de los buenos, nos garantiza la conservación de la fé en la nación predilecta de María, regada con la sangre de millones de mártires y fecundada con las heroicas virtudes de tantos santos!

Al considerar la magnitud del mal que hay que destruir para restaurarlo todo en Cristo, nos volvemos hacia nosotros mismos, y con mirada atenta buscamos en nuestra persona alguna cualidad, alguna dote de ciencia ó de virtud, que nos inspire confianza y nos dé ánimo para la lucha y ¡ay! al vernos tan poca cosa por nuestra parte y tan mal pertrechados para el combate, se despierta en nuestro ánimo el desaliento, viéndonos precisados á repetir con el Real Profeta ¿Quiénes somos, Señor para tamaña empresa? y ¿qué puede esperar de Nos esta Diócesis cuya Silla ilustraron con su ciencia y honraron con sus virtudes los Froilanes, Manriques, Cuestas, Santos de Rizova, Cuadrilleros, Rodas y tantos otros prelados insignes, sin excluir á nuestro inmediato predecesor, cuyas obras de ciencia y de caridad habeis admirado vosotros?

(1) Mash. XXI-43.

Este conocimiento de nuestra ineptitud nos mueve, como por instinto, á levantar nuestros ojos al cielo de donde esperamos nos venga el auxilio del Señor *Levavi oculos meos in montem unde veniet auxilium meum mihi, auxilium meum á Domino* (1) y entonces nos sentimos animados y confortados en nuestro espíritu, confiando en que el Señor que Nos ha escogido para empresa tan arriesgada, Nos asistirá con su poder, llenando su divina gracia el gran vacío que deja nuestra pequeñez, porque si grandes son nuestros temores no menos grandes son nuestras esperanzas.

II.

Yo vengo en nombre del Señor: *ego autem venio ad te in nomine Domini* (2).

Así contestaba el joven pastor de Belén David á las provocaciones que le dirigía el Filisteo, cuando se disponía á entrar en mortal lucha con él. Ni somos David ni al presentarnos armados de báculo pastoral para luchar contra el Filisteo de nuestros tiempos, esperamos derribarle en tierra de un modo providencial y milagroso, como lo hiciera el pastorcillo de Belén; que esta sería en Nos presunción jactanciosa; pero sí podemos afirmar con David que venimos á pelear las batallas del Señor en nombre del Omnipotente; y he aquí el principal fundamento de nuestra esperanza: que defendemos la causa de Dios, quien si le place, puede valerse de nuestra nada, ya que se ha dignado fijar sus ojos en ella, para confundir lo que es ó pretende ser. Nos separa del Apóstol S. Pablo una distancia casi infinita, pero Nos es permitido, sin hacer alarde de fuerzas propias, el afirmar como él: *Omnia possum in eo qui me confortat* (3) todo lo podemos en Dios si se place en confortarnos. Nuestras esperanzas, pues, se fundan primeramente en los auxilios del orden sobrenatural.

Esperamos en primer lugar que el Sagrado Corazón de Jesús, al que estamos consagrados y al que profesamos una devoción especial, comunicará al nuestro una chispa siquiera de

(1) Psalm. CXX.

(2) Reg. XVII-45.

(3) Ad Phifip. IV-13.

aquel fuego de amor en que se inflama, para que de algún modo podamos contribuir á satisfacer sus ardientes deseos, cifrados en estas sus palabras: *ignem veni mittere in terram, et quid volu- nisi ut ascendatur?* (1) Y ciertamente todo lo que toca ese Cora- zón todo lo reanima, todo lo eleva, todo lo restaura ¡Pluguiese á Dios que llegase á ser para todos nuestros diocesanos objeto especial de adoración, de imitación y de devoción.

Grande es también nuestra confianza en la protección de María Sma. nuestra queridísima Madre. A ella en el misterio de su Inmaculada Concepción encomendamos el asunto de nuestro Obispado, que tanto nos preocupara, ya que en el mes de Diciembre de su año jubilar fuimos sorprendidos con el llamamiento á esta Silla y en el mismo mes, quiso la Inmaculada que rindiéramos nuestro juicio y prestásemos nuestro consen- timiento.

Sirve de aliento á esta nuestra esperanza la devoción tra- dicional, afectuosa y entusiasta que esta región leonesa profe- sa á la Sma. Virgen en su milagrosa imagen de Ntra. Señora del Camino. ¡Oh si! una Diócesis que tiene enclavado en su territorio un santuario, al que confluyen todos sus pueblos dirigiéndose á María con gran confianza como al puerto en medio de la borrasca y como al consuelo en la tribulación, con- tribuyendo muy eficazmente su tervorosa Hermandad, á fomen- tar su culto y á propagar su devoción, es un pueblo mariano por excelencia. Gracias á Dios seguimos viviendo como en Sevilla en una ciudad mariana.

Después del S. Corazón de Jesús y de María Inmaculada apóyase nuestra esperanza en la protección de tres patronos esclarecidos; el de la Iglesia universal, el de la Diócesis que hoy regimos, y el de la Archidiócesis Hispalense, en la que acaba- mos de ejercer el Ministerio parroquial.

Confiamos sí, en que el Esposo de María y Padre repre- sentativo de Jesús declarado por el Pontífice de la Inmaculada Patrón de la Iglesia universal no nos negará su poderoso patrocini- o, porque trabajamos en bien de su patronato defen- diendo á Jesús de sus enemigos y guardando incólumes sus intereses.

(1) Luc. XII-49.

Si los santos continúan en el cielo ejerciendo en cierto modo el ministerio que desempeñaron en la tierra, favoreciendo con su especial protección lo que fué objeto de su apostolado, debemos confiar en que nuestro ínclito patrono S. Froilán continuará desde la gloria apacentando esta numerosa grey por medio de nuestro ministerio episcopal. ¡Santo bendito, esclarecido por la ciencia y adornado de todas las virtudes, suple tú con tu poderoso patrocinio la falta de virtud y de ciencia de este humilde prelado, que no halla en sí otra dote sino la de una buena voluntad! Si por tu elevada y altísima contemplación en el monte de la mirra y en los collados del incienso, en el monasterio de Benavente y por tu profunda humildad rehusaste en un principio la unánime elección que de tí hiciera el clero y el pueblo para Pastor de esta Iglesia, por considerarte tú indigno de ministerio tan sublime, siendo necesario un llamamiento providencial y milagroso para que ocupases esta Silla, sigue desde el alto Cielo protegiendo á tu grey amada, comunicando á Nos tu indigno sucesor celo en la predicación de la divina palabra, fervor en la piedad, fortaleza en las pruebas y espíritu de caridad para con los pobres y necesitados; y ya que fuiste tan milagroso, obra en Nos el milagro de que acertemos á restaurarlo todo en Cristo!

Hay en esta capital de nuestra amada Diócesis una reliquia de grande estima para Nos, que Nos ha de prestar alientos en nuestras empresas apostólicas. Aquí yace el cuerpo del que fué en vida norma del sacerdocio, modelo del Obispado, apoyo de la ciencia, sostén de la religión, núcleo de la civilización cristiana, honor y gloria de Sevilla.

Aquí estamos bajo la tutela y protección del gran San Isidoro y aquí seguirá nuestro amado santo siendo nuestro patrono. Y ya que la divina Providencia escogiéndonos para Obispo nos ha trasladado de Sevilla á León, de la Diócesis que le venera como patrono á la Diócesis que se postra ante su sepulcro, plácenos oír una voz de aliento que nos dice: no temáis, abrid vuestro corazón al sentimiento de la esperanza, porque el sepulcro de S. Isidoro será para vos escudo de vuestra defensa, cátedra de vuestro magisterio y santuario de todas las virtudes.

Las ciudades, Sevilla y León, están unidas por esta santa reliquia como por un lazo de fraternidad, porque ¿cómo honrar en Sevilla á S. Isidoro sin dirigir el pensamiento á León donde reposan sus huesos? ¿ni cómo postrarse en León ante su sepulcro sin pensar en el patrono de Sevilla?

El Sagrado Corazón de Jesús, María Inmaculada y los tres patronos: el de la Iglesia universal, el de la Diócesis Legionense y el de la Diócesis Hispalense, tales son los que escogemos por especiales protectores y en los que se funda nuestra esperanza en medio de nuestros temores.

Aliéntannos también motivos del orden natural, que indicaremos brevemente.

* * *

Hay terrenos privilegiados en los que la cizaña que el mal hombre arroja en todas direcciones no logra sofocar al buen grano. Hay selvas tan robustas y arraigadas, que el deshecho huracán apenas logra arrancar algunos de sus árboles. Hay por último regiones favorecidas, en las que la epidemia que todo lo invade no logra causar estragos. Tal es el juicio que en el orden moral y religioso tenemos formado de nuestra Diócesis.

El mal moral de nuestros tiempos no encuentra barreras que le detengan, pero podemos asegurar por lo que la historia nos enseña y por las relaciones que se nos han hecho de su estado moral y religioso, que la Diócesis de León es un campo todavía fértil en el que las modernas doctrinas no han logrado sofocar la semilla de la fé y de la moral evangélica. Sin duda se han dejado sentir y se sienten los vientos huracanados de la impiedad y de la heregía, pero las creencias por la misericordia de Dios están muy arraigadas en estos cristianos templados á lo antiguo; y en esta triste noche de tantos errores no se ha apagado la lucerna de la fé en los leoneses *non extinguetur in nocte lucerna ejus*.

Es cierto que la epidemia de tantos escándalos que de consuno van difundiendo la mala prensa con sus escritos, las artes con sus producciones pornográficas y la literatura con sus obras sensuales y con sus dramas escandalosos no han respetado

provincias, ciudades ni aun aldeas, pero á pesar de todo no es en esta Diócesis tan lamentable como en otras la desolación.

Una Diócesis en la que la generalidad de los fieles cumplen con los preceptos de la Iglesia, conservando la piedad y las sanas costumbres tradicionales, es en cierto modo como un oasis en medio de la aridez del desierto.

¿Y quién duda que estas cualidades constituyen una predisposición para que fructifique más y más la semilla de nuestra palabra pastoral y para favorecer nuestro designio de restaurarlo todo en Cristo?

Garantía de esta nuestra esperanza es la historia de este Reino de León y las tradiciones de esta Diócesis.

León, ciudad fuerte y magnífica desde su mismo origen, como fundada para asiento de una legión, para morada del Prefecto de la milicia y para defensa del Imperio romano en estas regiones; más tarde Ciudad Real engrandecida con la magestad de reyes victoriosos en los tiempos en que España gemía bajo el poder de los Sarracenos; ciudad, en fin, acreedora á los grandiosos renombres con que la honra su historiador «Lobera», llamándola: cabeza del Reino legionense, señora de otras provincias, madre y escuela de valerosos príncipes, reyes y capitanes, solar de linajes ilustres, albergue de letras y armas, muro y estribo de los cristianos, plaza en fin, donde se celebraban las cortes, se ordenaban las leyes, se juntaban los ejércitos y se trataban los negocios más graves é importantes al gobierno de España.

Su lealtad y grandeza en el orden civil va unido al brillo de su fé y de su religión, pues á penas comenzó á ser tuvo pobladores que fortalecidos con el evangelio practicaron virtudes heroicas. Ya en el siglo III celebraban S. Cipriano y otros padres del Africa la fé y el amor divino de los legionenses. León es una de las ciudades que dieron más palmas y coronas al ejército de los mártires.

Su sede episcopal, que se remonta á los tiempos cercanos á los Apóstoles, ha sido esclarecida por prelados insignes en nobleza, en doctrina y en santidad. Ciudad en fin sembrada con reliquias y cuerpos de Santos, depositaria de sepulcros de reyes y enriquecida con dotaciones y fundaciones que éstos

hicieron en el reino. ¿Porqué no hemos de acariciar la idea de que los descendientes de tan ilustre como cristiana prosapia sientan aun circular en sus venas la sangre de la nobleza, de la hidalguía, de la fé y del amor y hasta del heroismo del martirio, ofreciendo por lo mismo condiciones ventajosas para la restauración en Cristo de todo lo que está quebrantado ó derruido?

* * *

Grande es la empresa que pretendemos para la gloria de Dios, pero no estamos solos. A Nos toca en primer término ordenar y dirigir el plan de batalla y acometer con denuedo al enemigo, pero contamos con un ejército aguerrido y bien disciplinado. No estamos solos, no, pues en torno nuestro se halla el Excmo. Cabildo Catedral del que esperamos recibir ilustración, consejo y ayuda. Consérvese siempre entre sus miembros fraternal unión de caridad, haya siempre entre la Corporación y el Prelado unión aun más estrecha, la que produce el amor entre el padre y los hijos, y no lo dudemos, esta unión fundada en la caridad nos dará fuerza invencible á la que nada se resiste.

Mucho esperamos de vosotros amados párrocos y ecónomos de nuestra Diócesis, ayer nuestros compañeros, hoy nuestros auxiliares y colaboradores en el sublime y penoso ministerio de la salvación de las almas.

Trabajemos juntos en el cultivo de la viña del Señor, no olvidando que Jesucristo nos dice: como el Padre me ha enviado á mí, os envío yo á vosotros (1) enseñad cuanto yo os he mandado (2) sed pues maestros y modelos haciéndoos todo para todos «*omnia omnibus factus*» (3)

Hay muchas almas que se extravían en los caminos del error y del vicio. ¡Valen tanto!, su precio es la sangre de Jesucristo, buscadla con el celo del Divino Pastor, llamadlas con silbidos amorosos, amonestadlas con mansedumbre, corregidlas con paciencia, orad por ellas postrados «*inter vestibulum*

(1) Joan. XX-21.

(2) Math. XXVIII-30.

(3) I. Cor. IX-22.

et altare (1) y no descanséis hasta lograr el consuelo de introducir las en los apriscos de la gracia. Hay almas que languidecen por falta de alimento, compadeceos de ellas como Jesucristo se compadecía de las turbas hambrientas, y después de adoctrinarlas con la predicación de la divina palabra, y de curar sus enfermedades con la medicina de la penitencia, distribuidles el pan misterioso de la Sagrada Eucaristía, que sostiene, aumenta y robustece la vida del espíritu. Hay por último muchos corazones fríos por una glacial indiferencia; esforzaos en hacer que prenda en ellos el fuego del amor divino.

Propio es también de todos los sacerdotes que no tienen cura de almas este celo por la salvación de nuestros prógimos, y no pueden contentarse con procurar la santificación propia, mucho menos hoy que la mies es mucha y pocos los operarios. ¡Ay de aquellos á quienes Cristo diga como el padre de familia, de la parábola á los que no trabajaban. *¿Quid hic estatis tota die otiosi?* (2) ¿Cómo permanecéis todo el día ociosos, cuando tanto hay que hacer? Creemos con fiadamente no sucederá así en esta Diócesis de ejemplares sacerdotes.

Mucho esperamos también de vuestras oraciones y de vuestra laboriosidad, Comunidades religiosas, hoy tan perseguidas ya por la ignorancia que desconoce vuestra historia esclarecida y vuestros beneficios sin cuento, ya por la impiedad y la corrupción de costumbres, que no pueden soportar el ver condenada su vida licenciosa por las austeridades y privaciones de los que siguen los consejos evangélicos. Vosotras las de vida contemplativa, con razón designadas con el nombre de Santidad, al modo de Moisés en el monte seguid alzando vuestras manos en la oración para atraer sobre los que pelean en el campo de batalla las bendiciones celestiales, á fin de poner en precipitada fuga á los nuevos amalecitas; y vosotras las que participando de la contemplación os entregais de lleno á la vida activa siendo luz de vuestro magisterio y misericordia socorriendo tantas especies de humanas miserias, venid en nuestro auxilio facilitándonos el cumplimiento de nuestros altos deberes en el ejercicio de las obras de caridad.

(1) Jod. II 17.

(2) Math. XX-6.

Una palabra también para vosotros, amados seminaristas, esperanza para el porvenir, destinados, si el Señor os llama al sacerdocio, á ser luz del mundo y sal de la tierra, sea vuestra vida religiosa, vida de verdadera piedad fundada en el amor de Dios; sea vuestra vida científica, vida de verdadera sabiduría, fundada en la humildad, y sea vuestra vida social, vida de verdadera modestia fundada en el santo temor de Dios, y habreis llenado dignamente los deberes de un aspirante al sacerdocio colmando á la vez nuestros deseos sobre vosotros.

También nos prestareis vuestro auxilio, dignas y respetables autoridades de esta provincia y de esta ciudad, no lo dudamos. Con ello afirmareis más y más el principio de autoridad que tiene su fundamento en Dios *non est enim potestas nisi a Deo* (1) su más exacta aplicación en la doctrina y enseñanza de la Iglesia *ite docete omnes gentes* (2) y su garantía más segura en el reinado social de Jesucristo.

Confiamos por último en que los fieles de nuestra amada Diócesis no pondrán obstáculo á la acción católica, que unánimes hemos de promover todos los encargados de guiar á los pueblos por los caminos de la verdad y de la virtud.

No lo dudeis amados hermanos é hijos muy queridos en el Corazón de Jesús, siempre que os dirijamos nuestra palabra, ya desde el púlpito, ya desde esta silla episcopal, ora en pastorales ora en exhortaciones y avisos, bien alabando, bien reprendiendo y amonestando, no lo dudeis repito, los intereses de Dios y los vuestros propios serán el impulso que mueva nuestra lengua y dirija nuestra pluma, y persuadidos vosotros de que no deseamos sino la salvación de vuestras almas, escuchad nuestra palabra con atención y reverencia y cumplidla con docilidad, porque os hablamos en nombre de Jesucristo, y nuestra doctrina no es nuestra sino de aquel que nos ha enviado.

¡ Cuán consolador será para nuestro corazón el ver á nuestros amados diocesanos agrupados en derredor del padre amante, que en ellos piensa de día y de noche, escuchando nuestra doctrina, obedeciendo nuestros mandatos y siguiendo nuestros consejos! Entonces veríamos desvanecidos nuestros temores y

(1) Ad Rom. XIII-1.

(2) Mal. XXVIII-18.

afirmadas nuestras esperanzas. El Sagrado Corazón de Jesús por la intervención de la Inmaculada Virgen, cuyos símbolos hemos querido grabar en nuestro sello episcopal, y grabar quisiéramos también en nuestro corazón y en el vuestro, como lo deseaba la esposa de los cantares cuando decía *pone me ut signaculum super cor tuum* (1) nos conceda este inefable consuelo.

Haya entre todos nosotros unión de caridad y quedarán satisfechos los ardientes deseos del deífico corazón cuando en ferviente plegaria decía á su eterno Padre: *ut omnes unum sint sicut tu Pater in me et ego in te* (2).

Cifren en Cristo el individuo, la familia y la sociedad sus honores, grandezas y felicidades, y quedarán cumplidos en esta Diócesis los anhelos de Nuestro Smo. Padre el Papa X, según su enérgico lema *Instaurare omnia in Christo* (3).

Si Cristo, por último llega á dominarlo todo y en todos vosotros vive Cristo, se habrán logrado nuestras aspiraciones conforme á nuestro lema *Omnia et in omnibus Christus* (4).

Esto pide para vosotros todos el que como pastor amante y con toda la efusión de su alma os bendice en el nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo. Amén.

† *Juan Manuel*
OBISPO DE LEON

León, Festividad de S. José de Calasans, 27 de Agosto de 1905.

Los Sres. Párrocos y encargados de la cura de almas leerán en dos ó más días festivos al ofertorio de la misa, la precedente Carta Pastoral.

(1) Cant VIII-6.

(2) Joan XVII-21.

(3) Ephes I-10.

(4) Colos. III-11.

El Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo de esta Diócesis ha recibido numerosas cartas y mensajes de felicitación tanto del Clero como de las Comunidades Religiosas y personas particulares con motivo de su llegada á la capital del Obispado.

S. S. Ilma. agradece en el alma estas muestras de afecto y en la imposibilidad de contestar á todos lo hace por medio del BOLETÍN, encargándoles encarecidamente pidan que todo redunde en gloria de Dios y mayor bien de la Diócesis.

Asimismo informado S. S. Ilma de que muchas comisiones del Clero presididas por sus respectivos Arciprestes se disponen á venir á saludar al nuevo Prelado personalmente, manifiesta sobre todo á los que residen en pueblos lejanos, que desistan por ahora de tan laudable propósito, pues lleva consigo gastos extraordinarios y sacrificios que la mayor parte no pueden hacer, enviando á todos su bendición y esperando que trabajen por la gloria de Dios y los intereses de su Santa Iglesia que será la mayor satisfacción para el Ilmo. Prelado.



- (1) Col. VIII-6
- (2) Joan XVI-21
- (3) Ephes I-10
- (4) Colos III-11

Del *Boletín Oficial* del Arzobispado de Sevilla copiamos

lo siguiente que con gusto verán nuestros lectores.

PARTIDA DEL SR. OBISPO DE LEÓN

El 23 salió de esta Capital para la de su diócesis el nuevo Obispo de León, Ilmo. Sr. D. Juan Manuel Sanz y Saravia.

Los últimos días de su estancia en Sevilla han sido laboriosísimos para el insigne Prelado. En todas las Iglesias, en que se celebraba una fiesta solemne, se le invitaba para que oficiase Misa Pontifical. A la terminación de cualesquiera novenas ú otros cultos se le solicitaba que diese la bendición con el Santísimo Sacramento para ponerles digno remate, y no se le dejaba en una palabra reposar un momento.

Sus paisanos, quizás con más derecho que nadie, le instaron á que los visitara antes de partir, y en efecto en la Puebla de los Infantes estuvo el día de la Asunción de Nuestra Señora alegrándolos á todos con su presencia.

Allí celebró misa Pontifical, predicó, confirmó á más de mil personas, quedando todos edificados de hallarle tan llano como siempre después de haber sido investido de tan alta dignidad.

El Sr. Sanz y Saravia era vocal por el Prelado de Sevilla de la Junta provincial de Beneficencia, la cual tiene sus oficinas en la Misericordia, antigua Casa religiosa, adosada á la cual hay una hermosa Iglesia.

Los compañeros del Sr. Sanz quisieron asistir á una Misa Pontifical, celebrada por su antiguo colega, y se verificó solemnísimamente ésta el día 19, predicando en ella con su hermosa

palabra de fuego el M. I. Sr. Magistral de nuestra Santa Iglesia Catedral D. José Roca y Ponsa.

Piensa el Sr. Sanz detenerse un día en Córdoba, donde tiene parientes, y el 24 seguirá su viaje á Madrid y de Madrid á León.

Los leoneses le esperan ansiosos, lo que se comprende, no solo por el largo tiempo que llevan de carecer de Obispo, sino por las nuevas que reciben de las valiosas prendas del que va á suceder al Sr. Gómez Salazar, eminente varón, inutilizado más que por los años por antiguos echaques.

Nos prometemos que los diocesanos del Sr. Sanz y Saravia no quedarán defraudados en sus esperanzas, deseando por nuestra parte al Pastor de la diócesis legionense, singularmente simpática para los sevillanos por poseer las reliquias de nuestro insigne San Isidoro, un Pontificado tan largo como dichoso.

en una palabra reposar un momento.

Sus parientes, quizás con más derecho que nadie, le instaron á que los visitara antes de partir, y en efecto en la Puebla de los Infantes estuvo el día de la Asunción de Nuestras Señoras alegrándolos á todos con su presencia.

Allí celebró misa Pontifical, predicó, continuó á más de mil personas, quedando todos edificados de hallarle tan llano como siempre después de haber sido investido de tan alta dignidad. El Sr. Sanz y Saravia era vocal por el Prelado de Sevilla de la Junta provincial de Beneficencias, la cual tiene sus oficinas en la Misericordia, antigua Casa religiosa, adosada á la cual hay una hermosa Iglesia.

Los compañeros del Sr. Sanz quisieron asistir á una Misa Pontifical, celebrada por el Sr. Sanz y Saravia, y predicando en ella con su hermosa

LEÓN

Imp. de Maximino A. Miñón

1905